
Boletín de Espiritualidad Sacerdotal (2000-2010)

Bulletin of Priestly Spirituality (2000-2010)

RECIBIDO: 23 DE DICIEMBRE DE 2009 / ACEPTADO: 10 DE FEBRERO DE 2010

Lucas Francisco MATEO-SECO y Pablo MARTI

Facultad de Teología
Universidad de Navarra. Pamplona. España
lmateo@unav.es - pmarti@unav.es

Resumen: La bibliografía sobre el sacerdocio ministerial y la espiritualidad sacerdotal en el período comprendido entre 2000-2010 aporta un buen número de trabajos especializados. En ellos observamos que una vez cerrada lo que muy bien puede llamarse crisis teológica en torno al sacerdocio, las nuevas propuestas de vida y espiritualidad vuelven a fundamentarse sobre la realidad de la unión entre consagración y misión. La nueva consagración recibida con la ordenación sacramental hace posible la misión sacerdotal de servicio a Dios, a la Iglesia y a todas las personas. Es precisamente en el ejercicio del ministerio sacerdotal, como servicio de la Palabra, de la Liturgia –especialmente la Eucaristía– y de la caridad pastoral, donde el sacerdote está llamado a la santidad. La vida y enseñanza de sacerdotes santos, como san Josemaría Escrivá, sirven de guía para la promoción efectiva de esta espiritualidad.

Palabras clave: Sacerdocio, Espiritualidad sacerdotal en España, San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Abstract: The bibliography on the priestly ministry and priestly spirituality in the period between 2000-2010 contains a great number of specialized works. Among these, we can observe how, at the end of what could be termed the theological crisis concerning the priesthood, the new proposals about life and spirituality are again founded on the reality of the union between consecration and mission. The consecration through received sacramental ordination makes possible the priestly mission of serving God, the Church and other people. It is precisely in the exercise of this priestly mission, as a service to the Word, to the Liturgy, –especially in the Eucharist– and to pastoral charity, that the priest finds his holiness. The life and teachings of holy priests, like St Josemaría Escrivá, are a guide for the effective promotion of this spirituality.

Keywords: Priesthood, Priestly Spirituality in Spain, Saint Josemaría Escrivá de Balaguer.

Las publicaciones sobre el sacerdocio y sobre los sacerdotes han sido abundantes en este último decenio. Una visión de conjunto de estas publicaciones muestra que, en cierto sentido, nos encontramos en una situación nueva en la que una nueva generación de sacerdotes se ha desprendido considerablemente de muchas fobias y filias teológicas que llevaron a la crispación que acompañó el tratamiento de los temas sacerdotales en la *Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes*. Esa época ha pasado. Esta visión de conjunto permite constatar que son muchos los puntos de acuerdo que se dan en torno a la figura teológica del sacerdote y, en consecuencia, en torno a su espiritualidad.

En el presente Boletín nos ceñimos a la cuestión de las líneas fundamentales de la espiritualidad sacerdotal que desde los años inmediatamente posteriores al Concilio Vaticano II viene llamando la atención de los estudiosos, tanto de la teología espiritual como del sacerdocio.

AL SERVICIO DEL EVANGELIO

Aunque breve, resulta de gran interés este libro del Cardenal Joseph Ratzinger¹. Se recogen en él algunas meditaciones del Cardenal sobre el sacerdocio y otras intervenciones suyas que ocupan un arco de cuarenta años, desde el 1962 al 2001². Es un arco de tiempo notable, que permite constatar cómo se va decantando su pensamiento teológico y comprobar la fidelidad que ha mantenido a sus convicciones fundamentales sobre el sacerdocio. De estas intervenciones del Cardenal, tres son de especial interés para nuestro Boletín: *La espiritualidad sacerdotal* (pp. 115-150), *La doctrina del Concilio Vaticano II sobre el sacerdocio* (pp. 181-214) y *Preparación para el servicio ministerial* (pp. 215-244).

El capítulo dedicado a la espiritualidad sacerdotal es una meditación de 1983 con ocasión de las bodas de oro sacerdotales del Cardenal Joseph Höfner. En la perspectiva de acción de gracias por una vida sacerdotal prolongada y llena de frutos, el Cardenal Ratzinger inserta algunas observaciones de gran importancia para el concepto de espiritualidad sacerdotal. Según Ratzinger, el pensamiento sobre el sacerdocio sólo encuentra su fundamento adecuado, si se toma como base la enseñanza de la Sagrada Escritura leída en su

¹ RATZINGER, J., *Al servicio del evangelio. Meditaciones sobre el sacerdocio de la Iglesia*, Lima: Vida y Espiritualidad, 2003, 244 pp.

² Algunas de estas intervenciones –principalmente homilias en ordenaciones sacerdotales, han sido reunidas en el volumen *Servidor de vuestra alegría. Reflexiones sobre espiritualidad sacerdotal*, Barcelona: Herder, 1989.

unidad, es decir, teniendo en primer plano la unidad de los dos Testamentos. Para el Cardenal, la *separación* de los dos Testamentos es una de las causas que más han contribuido a una visión parcial del sacerdocio. «La cristología significaría la superación y supresión definitiva de todo sacerdocio, la difuminación de las fronteras entre lo sacro y lo profano, el abandono de la historia universal de las religiones y de su idea del sacerdocio» (p. 141).

En este contexto de clara denuncia, el Cardenal Ratzinger incluye una decidida afirmación del celibato sacerdotal y de su perfil propio en cuanto exigencia de entrega total. «A mi entender –escribe–, es aquí donde alcanza el celibato, en cuanto renuncia a futuras posesiones terrenas y a un espacio familiar propio, su más hondo significado –más aún su carácter de compromiso indispensable– para que se mantenga y se concrete aquel fundamental estar abandonado en Dios. Y esto significa, por supuesto, que el celibato exige una configuración total de la existencia» (pp. 138-139).

La doctrina del Concilio Vaticano II sobre el sacerdocio pertenece al año 2001. La perspectiva temporal de que disfruta el Cardenal a la hora de comentar *Presbyterorum ordinis* añade a este trabajo un particular interés; se trata de páginas escritas casi cuatro décadas después de la promulgación del Decreto. Según el Cardenal, en el Decreto se otorga a lo ontológico primacía sobre lo funcional, es decir, se prima a la consagración sobre la unción. Todo el comentario del Cardenal resulta una clara defensa de la unidad propugnada en el Decreto: unidad entre la consagración y la misión, entre la configuración con Cristo que supone la ordenación sacerdotal y la eclesialidad del sacerdocio; unidad de los diversos ministerios del sacerdote entre sí. La novedad del Vaticano sobre Trento estriba en haber puesto en primer plano el sacerdocio de toda la Iglesia para situar en ese contexto la teología del sacerdocio ministerial (cfr. p. 187).

Son muchos los párrafos en los que el futuro Benedicto XVI pone de relieve no sólo la relación existente entre consagración y misión, sino también la «radicalidad» que la consagración imprime a la misión. Baste un ejemplo: «La concepción ontológica del sacerdocio, llegando hasta la interioridad del ser del interesado, no se opone a la seriedad de su funcionalidad, de su ministerio social, sino que más bien crea una radicalidad de servir que no sería pensable en el ámbito puramente profano» (pp. 195-196). En este contexto relacional del sacerdote y Cristo con su inseparable exigencia permanente de dedicación al servicio ministerial se inserta la teología del carácter.

Al descender al terreno de la espiritualidad sacerdotal, el Cardenal Ratzinger se detiene especialmente en el comentario al número 14 del Decreto *Presby-*

terorum ordinis, dedicado a tratar cómo es posible, para el presbítero, conseguir y mantener la unidad de su vida. El Cardenal destaca tres indicaciones del Concilio imprescindibles para que se mantenga la unidad en la vida del sacerdote: 1) Es importante que la unión ontológica con Cristo se haga viva en la conciencia y en la acción; 2) La ascesis sacerdotal no debe estar colocada *junto a* la acción pastoral, sino *dentro de* ella, es decir, el ministerio mismo debe formar parte de la ascesis del sacerdote; 3) Valorar la «vida interior», pues «el ministerio, sin vida interior, se convierte en vacío activismo» (p. 208).

El libro termina con un capítulo dedicado a la preparación para el sacerdocio. Son preciosas las sugerencias del Cardenal al hablar de la formación para el sacerdocio. Se destaca entre todas ellas la importancia de la verdad. «Yo no dudo en afirmar –advierte– que la gran enfermedad de nuestro tiempo es su déficit de verdad. El éxito, el resultado, le ha quitado la primacía en todas partes. La renuncia a la verdad y la huida hacia la conformidad de grupo no son un camino para la paz. Este género de comunidad está construido sobre arena. El dolor de la verdad es el presupuesto para la verdadera comunidad» (p. 225).

ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

Entre los autores dedicados a la teología y espiritualidad del sacerdocio destaca Esquerda Bifet por sus muchos años de dedicación a estos temas y por el número y calidad de sus publicaciones. Como resumen de su larga trayectoria ofrece lo que bien podría considerarse como un manual de espiritualidad sacerdotal. De hecho está publicado en una colección de compendios de estudios teológicos³.

La estructura del libro es clásica: identidad teológica del sacerdocio ministerial, naturaleza del ministerio sacerdotal, repercusión que ambas realidades deben tener en la vida interior del sacerdote. El estilo literario que utiliza Esquerda está al servicio de su esfuerzo por presentar, al mismo tiempo y en un mismo párrafo, muchas de las facetas del sacerdocio. Esto torna el estilo excesivamente barroco, pero el esquema teológico es claro: la identidad del sacerdote se encuentra en su identificación con Cristo y en su unión con la Iglesia; la identificación con Cristo pide el servicio ministerial al pueblo de Dios.

³ ESQUERDA BIFET, J., *Espiritualidad sacerdotal. Servidores del Buen Pastor*, Valencia: Edicep, 2008, 255 pp.

En este contexto, el Autor subraya que la pertenencia a un presbiterio concreto debe marcar la espiritualidad del sacerdote. El libro termina con un capítulo dedicado a la formación sacerdotal, asunto que desde *Pastores dabo vobis* viene recibiendo cada vez más atención en los manuales de espiritualidad sacerdotal como un capítulo inseparable, y que, como hemos visto, ocupa también el último capítulo del libro del Cardenal Ratzinger.

Por nuestra parte nos centraremos en el concepto de espiritualidad sacerdotal, asunto al que están dedicadas de forma directa las páginas 101-140. He aquí una descripción del concepto de espiritualidad sacerdotal: «La peculiaridad de la espiritualidad sacerdotal consiste en la misma perfección de la caridad, en cuanto expresión y vivencia de la caridad del Buen Pastor, de quien el sacerdote ministro es signo –transparencia e instrumento, personal y comunitario–. Esta peculiaridad “ministerial” de la espiritualidad sacerdotal es un estimulante de la espiritualidad cristiana bautismal. No se trata de mayor santidad, sino de una exigencia especial y de unos medios y matices que reflejan la vida del Buen Pastor» (p. 102).

Lógicamente, si la perfección cristiana consiste en la caridad (cfr. Col 3,14), la perfección de una vida sacerdotal estará marcada por la «caridad pastoral», es decir, por la identificación del sacerdote con el corazón del Buen Pastor. La nueva «consagración» lleva consigo lo que el Autor califica como «peculiaridad ministerial», que no es otra cosa que la constatación de la inseparabilidad existente entre consagración y misión. Desde esta perspectiva, es necesario hablar de unos rasgos propios de la espiritualidad sacerdotal. Se trata de aquellos rasgos que provienen de la inseparabilidad entre la consagración y el ejercicio del ministerio: «La espiritualidad sacerdotal consiste, pues, en vivir auténticamente lo que el sacerdote es y hace, armonizando la consagración, la misión y la vivencia. No es una realidad superpuesta ni alienante, sino coherente con los ministerios ejercidos en nombre de Cristo y de la Iglesia. Es una donación que quiere ser total y para siempre, sin anteponer nada al amor de Cristo. No existe sacerdocio ministerial a tiempo parcial» (p. 104).

Las citas en este mismo sentido podrían multiplicarse⁴. Nos encontramos, pues, ante una exhortación a vivir de modo unitario la consagración y la

⁴ Son frecuentes las afirmaciones en torno a la identidad teológica del sacerdote y sus consecuencias para la espiritualidad sacerdotal: «La santidad del sacerdote es configuración ontológica, moral y vivencial con Cristo para ser su “instrumento vivo” y “consagrarse totalmente al servicio de los hombres”» (*ibid.*).

misión sacerdotales, teniendo presente que el ejercicio del ministerio exige la santidad sacerdotal, pero a su vez es fuente de de santificación. Se puede decir lo mismo desde la perspectiva de las virtudes cristianas. Desde esta perspectiva, la «peculiaridad» de la espiritualidad y santidad sacerdotal consiste en la caridad pastoral. Si la caridad es la raíz y la fuente de todas las virtudes –argumenta– la caridad pastoral ha de ser la raíz y fuente de todas las virtudes sacerdotales. El Autor destaca entre ellas las virtudes de la humildad, la obediencia, la pobreza y la castidad (p. 111). Esta enumeración evoca los consejos evangélicos; la forma en que las describe apunta hacia un modo propio de vivir estas virtudes: el sacerdote concreta su obediencia en el servicio fiel y humilde a los signos ministeriales, así como en la fidelidad a las normas de la Iglesia y a las decisiones del propio Obispo; a la luz de la caridad pastoral la pobreza ministerial es el signo que expresa la actitud de Cristo de darse a sí mismo. No es sólo desprendimiento del dinero o de los bienes materiales, sino también desasimiento respecto a los cargos, cualidades, honores, preferencias, ventajas personales o de grupo. El celibato sacerdotal tiene sentido esponsal de compartir el amor y la suerte de Cristo Esposo, como Redentor que asume la historia de la humanidad para hacerla su misma historia. Y concluye: «Es un sofisma afirmar que uno tiene vocación sacerdotal y que no tiene vocación para el celibato» (pp. 115-125).

Esquerda se esfuerza por mostrar el «parentesco» existente entre la vida del sacerdote y la vida consagrada, destacando también las diferencias de fondo. He aquí su formulación: «Sacerdocio ministerial y vida consagrada son dos modalidades de vivir la misma “Vida Apostólica”, que es siempre práctica permanente de los consejos evangélicos. La peculiaridad de la vida consagrada estriba en una consagración por la “profesión” (por medio de unos compromisos), un carisma fundacional, una regla particular... (para lo cual se necesita un vocación especial)» (p. 125).

Desde cierta perspectiva la vocación cristiana es única, pues consiste en la identificación con Cristo; desde otra perspectiva la realidad teológica aconseja destacar también la diferencia existente entre el modo en que se pide a los sacerdotes que vivan las virtudes cristianas «informadas» por la «caridad pastoral» y el modo en que una «regla» particular pide que se vivan los consejos evangélicos. Desde luego, el celibato sacerdotal tiene unas características peculiares en la vida de la Iglesia que lo hacen inconfundible: su relación con el ministerio le da un relieve teológico distinto del de los «consejos evangélicos».

Por otra parte, «los consejos» versan sobre virtudes cristianas de capital importancia, que afrontan directamente las tres pasiones más significativamente sintetizadas por el Apóstol San Juan: *la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la arrogancia de los bienes terrenos* (1 Jn 2,16). No es posible seguir a Dios en ningún estado de la vida cristiana sin estar desprendido del dinero o sin vencer la soberbia. De ahí que las virtudes propias de los «consejos» evangélicos deban estar presentes en la vida del presbítero, pero vividas con el matiz propio que brota de encontrarse enraizadas en su consagración y misión.

Esquerda, que quiere concretar todo lo posible las líneas maestras de la espiritualidad sacerdotal, presta gran atención a la realidad del presbiterio diocesano y a su incidencia en la espiritualidad sacerdotal. Algunas veces califica al presbiterio como realidad misteriosa en la medida en que participa del misterio del ser y ministerio del sacerdote. Desde esta perspectiva, el presbiterio no se puede identificar con una asociación sacerdotal; se encuentra a otro nivel. He aquí las palabras de Esquerda: «Tanto para la vida personal como para la vida comunitaria, los sacerdotes que forman parte del mismo Presbiterio pueden encontrar diversas modalidades: iniciativa privada (grupos, equipos, “cenáculos”), equipos de trabajo pastoral y vida espiritual (v.g. arciprestazgos o decanatos), asociaciones sacerdotales, asociaciones de vida apostólica, Institutos seculares, Instituciones religiosas, etc. (cfr. PDV 81, 31, 74). En cuanto a las “asociaciones” sacerdotales habrá que resaltar la peculiaridad de cada una, siempre como servicio a todos los sacerdotes y con la aprobación del Obispo o de la Santa Sede» (pp. 184-185).

Esquerda está considerando el Presbiterio como una realidad de un orden distinto al asociativo (p. 172). Pensamos que lleva razón. Por eso el Presbiterio es una realidad capaz de albergar y dar unidad al fenómeno asociativo de los sacerdotes.

UN MANUAL DE ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

En la misma línea que el libro de Esquerda Bifet se encuentra la obra de Saturnino Gamarra⁵, concebida explícitamente como un manual de espiritualidad sacerdotal. También se basa en la identidad sacramental del sacerdote⁶.

⁵ GAMARRA, S., *Manual de espiritualidad sacerdotal*, Burgos: Monte Carmelo, 2008, 419 pp.

⁶ «No planteamos la espiritualidad independientemente de la identidad, sino que la estudiamos desde la identidad del sacerdocio» (p. 6).

Los capítulos centrales son los de mayor interés, aunque a veces digan lo que es elemental, pero que no debe darse por supuesto. La toma de posición de Gamarra es clara: «Resulta a todas luces evidente la gran diferencia que hay entre definir el sacerdote por las tareas o funciones ministeriales que realiza o definirlo por la sacramentalidad del ministerio, que implica una vinculación originaria y estrecha con Cristo, verdadero sacramento del encuentro con Dios. Si se insiste actualmente una y otra vez en la sacramentalidad del sacerdote se debe a la insuficiencia que genera presentar al sacerdocio por las meras tareas que el sacerdote realiza» (p. 119).

De aquí deriva la clara y exigente relacionalidad del sacerdote. Esta relación es doble: con Cristo y con el ministerio. La relación con Cristo es de identificación y de configuración con Él, de modo que el sacerdote es «sacramento de la mediación» de Cristo (p. 125). De ahí el que esta configuración implique necesariamente la exigencia del ejercicio del ministerio. Se hacen presentes aquí la teología del carácter y la teología de la actuación ministerial *in persona Christi* (cfr. pp. 127-130).

El ejercicio del ministerio debe formar parte esencial del ser y del vivir del sacerdote. Dicho de otro modo, la eclesialidad es una dimensión esencial del sacerdocio con todas las consecuencias pastorales y ascéticas que conlleva esta afirmación, entre otras, la importancia de la sucesión apostólica en la cual el presbítero se encuentra insertado⁷.

Desde aquí Gamarra se esfuerza por concretar la dimensión eclesial del sacerdocio conjugándola con su visión de la diocesaneidad. He aquí un párrafo significativo: «Vemos que la diocesaneidad del presbítero es la concreción de la eclesialidad del sacerdote vivida en su Iglesia particular o diócesis; se trata de ser presbítero en la Iglesia particular con todas sus consecuencias. Por esta razón, el término “diocesano” no sirve para diferenciar al sacerdote no religioso del sacerdote religioso, porque el sacerdote religioso es también diocesano. Todo presbítero es diocesano; la diocesaneidad es constitutiva del sacerdocio: se es cristiano en la Iglesia diocesana y se es sacerdote también en la Iglesia diocesana» (p. 180).

Indiscutiblemente Gamarra está aplicando de un modo nuevo términos muy conocidos que tenían un significado distinto. Este cambio de significado es paralelo al cambio de significado del término «secular»: «La secularidad es

⁷ Cfr. JUAN PABLO II, Exh. Apost. *Pastores dabo vobis*, n. 16, 3.

de la identidad de todo presbítero. Lo cual quiere decir que no es distintivo del presbítero no religioso. Todo presbítero es secular porque su razón de ser es su comunidad en el mundo» (p. 188).

La afirmación de que todo sacerdote es «secular» es el resultado de la identificación entre «secularidad» y «misión». Puesto que todo cristiano participa en la misión de la Iglesia y toda la Iglesia está enviada al mundo, todo cristiano es, por eso mismo, «secular». Lo mismo cabe decir del sacerdote: la santificación a través del ministerio exige considerarle como secular. La pregunta que cabe hacerse es: para proteger los bienes que se quiere proteger (participación de todos en la misión de la Iglesia, santificación del sacerdote a través del ministerio, etc.) ¿es necesario tal cambio en el significado de los nombres? Es claro que para Gamarra y otros autores el cambio de significado designa una visión de la realidad distinta a la que precede al Vaticano II (pp. 200-201).

Es claro que *Presbyterorum ordinis*, al hablar del orden de los presbíteros, se está refiriendo a todos los sacerdotes y a la fraternidad sacerdotal que brota del sacramento; no es tan claro que esto signifique que todos los presbíteros, incluso los religiosos, por el hecho de estar en una diócesis determinada pertenezcan con igualdad de título a un mismo presbiterio diocesano, a menos que se utilice el concepto de pertenencia en sentido análogo. En cualquier caso, el hecho de que la pertenencia al presbiterio se derive del sacramento del orden lleva consigo una perspectiva sacramental a la hora de vivir la fraternidad sacerdotal. Gamarra deja claro que los vínculos con el presbiterio no pueden considerarse como vínculos asociativos⁸. Por esta razón, sorprende que alguna vez insinúe que las asociaciones sacerdotales en cuanto tales disminuyen la cohesión del presbiterio⁹ como si fuesen realidades que pueden entrar en colisión con él.

Las páginas que Gamarra dedica a la nueva perspectiva que introduce el Concilio Vaticano II en la espiritualidad sacerdotal al relacionar teológicamente su vida espiritual con el ministerio son quizá de las más lúcidas del li-

⁸ «Queda claro que la pertenencia del presbítero al presbiterio se deriva del sacramento del orden; de donde se deduce que todo ordenado sacerdote es del presbiterio, y que la fraternidad presbiterial, que es sacramental, no es resultado de una asociación sino que emana del propio sacerdote» (p. 203).

⁹ «Desde la radicalidad que tiene la pertenencia al presbiterio, es difícilmente comprensible que el presbítero viva por libre o busque su fraternidad en otros cuasi-presbiterios de libre adhesión y de índole funcional. En una palabra, cualquier debilitamiento en la pertenencia al presbiterio no es compaginable con su fundamentación sacramental» (p. 203).

bro. Según Gamarra, el Concilio introduce un cambio de perspectiva de gran trascendencia a la hora de hablar de la identidad de la espiritualidad sacerdotal: «no se trata de que el sacerdote incorpore santidad, venga de donde viniere, sino de vivir la santidad propia de su identidad» (p. 245).

Efectivamente, el Concilio Vaticano II deja claro que el ministerio no sólo no es ajeno o yuxtapuesto a la espiritualidad del sacerdote sino que es fuente de la santidad sacerdotal. En quien está identificado sacramentalmente con Cristo-Pastor sería un desorden pretender ser santo sin caridad pastoral, es decir, al margen de su ministerio.

EL SACERDOTE SERVIDOR DE LA ALEGRÍA

El Cardenal Kasper resume en un pequeño y valioso libro sus reflexiones sobre el sacerdocio con motivo de sus Bodas de Oro sacerdotales¹⁰. Se trata de un testimonio esperanzado, que es a la vez un pequeño tratado teológico sobre el sacerdocio. El libro lleva este significativo título: *El sacerdote, servidor de la alegría*, que el Cardenal se propuso como lema de su ordenación sacerdotal. Este título es utilizado aquí para designar una característica fundamental del ministerio sacerdotal: que el sacerdote es ministro del perdón y de la misericordia, el que celebra la Pascua del Señor. Por eso su ministerio es un servicio a la verdadera alegría de los hombres.

Según el Cardenal Kasper, la renovación propuesta por el Concilio apenas ha comenzado a realizarse. Son justas las palabras con que concluye su libro: «Con el Vaticano II, la Iglesia se aventuró en una nueva era. Estamos sólo en el comienzo. Nadie contaba con que esto sería un camino de rosas. Pero el servicio del sacerdote, con todo lo que, como cruz, lleva consigo, está bañado ya ahora por la luz transfigurante de la resurrección (2 Co 1,24)» (p. 150).

El Autor sigue un itinerario que resulta habitual en estos años a la hora de desarrollar la teología del sacerdocio y las líneas fundamentales de la espiritualidad sacerdotal. Las dos convicciones firmes que dan solidez y cohesión al libro son éstas: 1) La espiritualidad sacerdotal debe fundamentarse en la realidad teológica que brota de la configuración con Cristo, que tiene lugar en la consagración sacramental; 2) Esta consagración y la misión que dimana de ella son inseparables. Y todo esto dicho con sencillez, con la belleza de la verdad,

¹⁰ KASPER, W., *El sacerdote, servidor de la alegría*, Salamanca: Sígueme, 2008, 158 pp.

con el tono de un testimonio cálido y gozoso, mirando hacia el futuro con la «docta spes» de quien fundamenta sus convicciones en un amplio conocimiento teológico.

Estas convicciones son aplicadas en forma convergente con los autores ya estudiados: se destaca el carácter sagrado del ministerio y la coherencia del sacerdocio con un celibato vivido en plenitud, es decir, en total desprendimiento de sí (obediencia) y de los bienes temporales (pobreza). El Autor, teniendo presentes los problemas de décadas pasadas, al hablar del ministerio de la palabra, hace hincapié en que es necesario «realizar el Evangelio sacerdotalmente».

LOS SIMPOSIOS SOBRE TEOLOGÍA DEL SACERDOCIO EN BURGOS

La Facultad de Teología de Burgos alberga en su seno desde 1968 el Instituto «San Juan de Ávila», dedicado al estudio de temas referidos al sacerdocio. De los congresos más recientes se han publicado tres volúmenes: *Teología del sacerdocio. XXIII, Nueva evangelización, Espiritualidad sacerdotal y Monacato*¹¹, que recoge las ponencias de las reuniones de 1995 «Ministerio sacerdotal y vida religiosa», 1997 «Sacerdocio bautismal y nueva evangelización» y 1999 «Teología y espiritualidad presbiteral». El segundo volumen, *Teología del sacerdocio. XXIV, El ministerio episcopal*¹², reúne los trabajos del Simposio de 2000, pensado en relación con la temática del Sínodo de Obispos de 2001 sobre la figura de «El Obispo como Servidor del Evangelio de Jesucristo para la Esperanza del Mundo». Los temas tratados se centran en la figura teológica del Obispo, por lo que la espiritualidad sacerdotal sólo aparece tangencialmente. El más significativo para este Boletín es el tercer volumen, *Teología del sacerdocio: figuras sacerdotales de España en el siglo XX*¹³, que contiene las ponencias del Simposio de 2005. Se trata del testimonio vital de sacerdotes que en sus días fueron protagonistas en la vida de la Iglesia en España. Con distintas perspectivas se presentan diversas «figuras sacerdotales», desde José Gras y Granollers, fundador de las Hijas de Cristo Rey (1834-1918) hasta san Josemaría Escrivá (1902-1975), fundador del Opus Dei.

¹¹ GUERRA, M. y otros, *Teología del sacerdocio. XXIII, Nueva evangelización, espiritualidad sacerdotal y monacato*, Burgos: Aldecoa, 2002, 645 pp.

¹² DEL CURA, S. y otros, *Teología del sacerdocio. XXIV, El ministerio episcopal*, Burgos: Facultad de Teología del Norte de España, 2001, 308 pp.

¹³ ABAD, J. A. y otros, *Teología del sacerdocio: XXIX figuras sacerdotales de España en el siglo XX*, Burgos: Facultad de Teología del Norte de España, 2006, 454 pp.

La primera ponencia, de José Antonio Abad, director del Simposio, sobre el «Contexto sociorreligioso de España en el siglo XX», nos sitúa en la España que va desde mediados del siglo XIX hasta la restauración democrática en 1975. El resto de los escritos están dedicados a esas figuras sacerdotales. Todos comienzan con una breve biografía del personaje, para proseguir con su testimonio y con sus enseñanzas. El común denominador de tantas vidas sacerdotales es su unión con Jesucristo, especialmente a través de la Eucaristía. De ahí surge todo: la generosidad en la propia entrega y fidelidad en la misión que se les ha encomendado.

Encabeza la lista san Pedro Poveda (1874-1936), fundador de las Terebianas y mártir. Su mensaje parte de la comprensión del misterio de Jesucristo, «la Encarnación bien entendida», tiene como modelo a santa Teresa de Jesús. Ofrece un humanismo basado en la encarnación frente al laicismo y la secularización de la época. Ahí entra también la preocupación por la escuela y el papel de los maestros, muy especialmente de la mujer maestra, bien formada y cristiana. En distintas ocasiones, hablará de que su propuesta es el modelo de vida de los primeros cristianos. ¿Qué era lo nuevo de su mensaje y de su institución? «Que gente de a pie se sintiera llamada a la santidad más verdadera», y sobre todo que esta llamada «se asumiera no sólo personalmente, sino de modo institucional» (p. 81).

La ponencia sobre san Josemaría Escrivá (1902-1975), «*El santo de la vida ordinaria*», está a cargo del actual Prelado del Opus Dei. Mons. Echevarría traza una fisonomía del santo fundador a partir de los textos del Magisterio Pontificio sobre su enseñanza. En primer lugar, resume los rasgos espirituales de su vivencia cristiana. El sentido de la filiación divina, íntimamente ligado a la identificación con la Cruz, constituye el rasgo en el que se apoyan todos los demás aspectos característicos de su figura humana y sacerdotal. De ahí surge su vida de oración y su unión contemplativa con Dios; su amor a la Eucaristía, centro y raíz de la vida espiritual; y también los rasgos pastorales de su vida que le llevan a proclamar y propagar la llamada universal a la santidad en la vida ordinaria, porque «cada hombre vale toda la sangre de Cristo». Este mensaje sobre la santidad: «todos están llamados a la plenitud de la caridad y del apostolado, en el lugar que cada uno ocupa en el mundo» (p. 116), da pie a tres líneas de reflexión teológica actuales: la santidad del cristiano en la vida cotidiana, la cristianización del mundo desde dentro a través de la santificación del trabajo profesional y la unidad de vida del cristiano (ver pp. 120-128).

A continuación, Lope Rubio desarrolla su trabajo bajo el título «Sacerdote, sólo sacerdote. Beato Manuel Domingo y Sol (1836-1909), fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y del Colegio Español de San José de Roma». La vida de Mosén Sol estuvo marcada por una preocupación fundamental: los sacerdotes (las vocaciones, la formación, los seminarios, la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, el Colegio Español de Roma). El perfil sacerdotal de Mosén Sol es descrito con estos rasgos: «sacerdote, sólo sacerdote y nada más que sacerdote», «la fraternidad sacerdotal, medio de santificación y de eficacia pastoral», «cualidades-virtudes sacerdotales» (alegría, reciedumbre, pureza, mortificación, celo) y en el centro la Eucaristía: «el centro, el motor, la fuente de su vida sacerdotal y de su actividad pastoral es la Eucaristía» (p. 211).

En sintonía con todo con lo anterior, Tomás Álvarez diserta sobre el Beato Manuel González (1877-1940): «Don Manuel, el obispo de la Eucaristía». En su biografía nos describe su celo en el desempeño del ministerio sacerdotal: el asilo de ancianos; el trabajo sacerdotal de una parroquia en Huelva: acción social, pero, sobre todo, catequesis de Dios; y el obispado de Málaga. De nuevo aparece como núcleo clarísimo de su labor sacerdotal la Eucaristía: los sagrarios abandonados. «El realismo de la fe de don Manuel en el hecho sacramental de la Real Presencia de Cristo en la Eucaristía», y «la asunción de la real presencia, en el símbolo concreto del Sagrario, como puntal o como centro orbital de toda su acción pastoral» (p. 261).

Mons. Justo Mullor habló sobre la figura del Cardenal Rafael Merry del Val (1865-1930), «El Cardenal de la Humildad». Quizá sea la figura más singular entre las que se proponen. Pero cuando se ahonda en su personalidad, enseguida se descubre su ser sacerdotal en sus importantes trabajos en la curia vaticana. *Santificarse en el propio estado y en la propia condición. Estar en paz donde Dios nos haya puesto y hacer sólo su voluntad. No mirar nunca más allá de la esfera donde se desarrolla nuestra vida. Vivir el momento presente.* Este saber estar donde estaba, sin nostalgias del pasado y sin preocupación por el futuro, unido a la espiritualidad de las letanías de la humildad es el nervio de su ejemplaridad sacerdotal (p. 278).

Se incluyen también ponencias sobre otros sacerdotes, que ponen de manifiesto la vitalidad de la Iglesia española a lo largo de todo el siglo. José Montero Vives, «La obra catequética de Manjón, precursora de la renovación de la catequesis en España»; José Luis Gutiérrez García, «Ángel Herrera Oria, biografía interior», y Manuel Unciti, «Ángel Sagarmínaga, el apóstol de las misio-

nes». Por último, se recogen dos comunicaciones: Carmen María Domínguez, «José Gras y Granollers, fundador de las Hijas de Cristo Rey» y Saturnino López, «Tomad y comed: una vida entregada. Valentín Palencia Marquina».

Si dejamos aparte sus ocupaciones más inmediatas, podemos coleccionar unos rasgos comunes, que nos dan pistas sobre la espiritualidad del sacerdote. Su amor al sacerdocio; su vida eucarística y de oración; su preocupación por las personas y muy en concreto por los más necesitados, por las vocaciones sacerdotales; su fidelidad a la Iglesia; su preocupación por solucionar los problemas del mundo y la sociedad contemporánea, pero desde una perspectiva netamente sacerdotal. En definitiva, todos son sacerdotes-sacerdotes: su vida, sus preocupaciones y sus realizaciones son sacerdotales. Algunos canonizados, otros en proceso, otros que «Dios lo sabe pero por sus frutos los conoceréis».

ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL EN ESPAÑA (1939-1952)

En el campo de la historia de la espiritualidad sacerdotal en España, debemos citar la obra de Luis M^a Torra Cuixart, *Espiritualidad sacerdotal en España (1939-1952). Búsqueda de una espiritualidad del clero diocesano*¹⁴. Es un estudio bien hecho, con una bibliografía extensa y cuidada. Expone los datos y referencias fundamentales de la situación de los sacerdotes y seminarios durante esos años en España. El trabajo está dividido en cuatro partes dedicadas respectivamente a la situación de los sacerdotes y su formación en España desde comienzos del siglo XX, a la situación de la Iglesia y de los sacerdotes después de la guerra civil, a la teología y espiritualidad sacerdotales, a los distintos medios e instituciones de los sacerdotes seculares diocesanos para vivir el ministerio con la mayor plenitud posible.

El Autor describe el esfuerzo de muchos sacerdotes del clero secular que lleva a un verdadero *movimiento sacerdotal*. La idea es conseguir la restauración de la Iglesia y del sacerdocio en España después de la contienda civil, y también conseguir unos sacerdotes bien formados. Este movimiento es fruto de la confluencia de distintos factores: la tensión por la búsqueda de la santidad personal y de una espiritualidad propia, la búsqueda de una formación adecuada a las necesidades de los tiempos, la apertura hacia toda clase de apostolados y

¹⁴ TORRA CUIXART, L. M^a, *Espiritualidad sacerdotal en España (1939-1952). Búsqueda de una espiritualidad del clero diocesano*, Bibliotheca Salmanticensis. Estudios n. 224, Salamanca: Publicaciones U.P. Salamanca, 2000, 667 pp.

la creación de nuevas estructuras e instituciones apostólicas y sacerdotales. Esta corriente perduró prácticamente hasta las vísperas del Vaticano II, pero después se diluyó. ¿Por qué? Las razones no son sencillas. Torra Cuixart apunta a que todo este movimiento era cierto y efectivo, pero sus raíces más profundas eran cuestionadas, porque su teología y su espiritualidad se sustentaban sobre una cristología y una antropología que tras el Concilio Vaticano II seguirían otros derroteros.

ESCRITOS SOBRE ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL EN SAN JOSEMARÍA

Los escritos sobre san Josemaría Escrivá y el sacerdocio han sido numerosos en estos últimos diez años. Él es sin duda una de las figuras más destacadas en la vida espiritual de la Iglesia en el siglo XX. Entre los estudios sobre San Josemaría sobresale el Congreso Internacional *La grandeza de la vida corriente*, celebrado en Roma en enero de 2002¹⁵. De entre los distintos volúmenes de actas del congreso, uno está dedicado a la temática propiamente sacerdotal. Su elocuente título: *Sacerdotes santos, sacerdotes cien por cien*¹⁶, pone de relieve la dedicación total al sacerdocio como ideal de la espiritualidad sacerdotal. Las contribuciones de los dos *workshops* sobre el sacerdocio ministerial se dividen en dos partes, tituladas respectivamente *Santidad sacerdotal y ministerio* y *La preparación para el sacerdocio*. Los autores de las relaciones reflexionan sobre su experiencia sacerdotal y el influjo que san Josemaría ha ejercido sobre ella tanto con sus enseñanzas y su obra, como, en casi todos los casos, con su trato personal. Aparecen gran variedad de temas de espiritualidad sacerdotal: la fórmula «alma sacerdotal y mentalidad laical», tan característica del pensamiento de San Josemaría; la unidad de vida del presbítero; el amor a la Eucaristía; la caridad pastoral, las virtudes sacerdotales; la secularidad y la diocesaneidad. Se destaca la profunda compenetración de San Josemaría con el magisterio del Concilio Vaticano II.

J. A. Abad llama la atención sobre la importancia que san Josemaría atribuye a la unidad de vida en el sacerdote. Esta unidad ha de estar fundamentada en tres elementos: «1) unas prácticas de piedad, a la cabeza de las cuales se sitúan la celebración diaria de la santa Misa, la confesión frecuente y el rezo

¹⁵ Congreso Internacional «La grandeza de la vida corriente», Roma 8-11 enero de 2002, Roma: Edizioni Università della Santa Croce, 2003-2004, 13 volúmenes.

¹⁶ AA.VV., *Sacerdotes santos, sacerdotes cien por cien*, Congreso Internacional «La grandeza de la vida corriente», L. F. MATEO-SECO y M. A. ORTIZ (eds.), volumen X, Roma: Edizioni Università della Santa Croce, 2003, 245 pp.

diario de la Liturgia de las Horas; 2) un trabajo ministerial intenso; 3) la mutua ayuda a los miembros del presbiterio y por parte de éstos. Si falla cualquiera de los tres supuestos, la vida sacerdotal sufre un serio quebranto o una ruina estrepitosa» (p. 198). Precisamente en este último punto se sitúa una de las principales aportaciones de san Josemaría a la realidad sacerdotal: la fundación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

POR CRISTO, CON ÉL Y EN ÉL

Por la cercanía espiritual a san Josemaría y también por la sucesión al frente de la Prelatura, las intervenciones de Mons. Echevarría tienen un interés específico para comprender la enseñanza del santo. Nos centramos en dos libros que recopilan distintos escritos, uno de conferencias y otro de homilías, que tratan directamente el tema sacerdotal¹⁷.

*Por Cristo, con Él y en Él: escritos sobre San Josemaría*¹⁸ recoge ocho escritos elaborados en un arco de tiempo que abarca veinte años, desde 1985 hasta 2005. El elenco de esos trabajos muestra una amplia panorámica de temas y de situaciones; muestra también una gran coherencia, gracias a dos ejes que le dan una perfecta unidad temática: la figura sacerdotal de san Josemaría Escrivá de Balaguer, y la teología y espiritualidad del sacerdocio. En el libro, estos dos temas van unidos como las dos caras de una misma moneda: la figura de san Josemaría en su dimensión sacerdotal alumbra la teología y espiritualidad del sacerdocio y, a su vez, la consideración del sacerdocio ministerial ofrece una óptima perspectiva para comprender la vida y la obra de este santo sacerdote. Y es que san Josemaría vivió apasionadamente su sacerdocio y dijo repetidamente que no quería ser más que sacerdote, totalmente sacerdote, solamente sacerdote. Su vida es, pues, una lección concreta de cómo realizar la vocación sacerdotal, de cómo encarnar la rica teología del sacerdocio.

Si algo define en pocas palabras y de manera penetrante el sacerdocio en san Josemaría es la expresión: «os ordenáis para servir». Detrás de esta idea de

¹⁷ Otros escritos interesantes aunque no directamente sacerdotales son: *Memoria del Beato Josemaría Escrivá: entrevista con Salvador Bernal*, Madrid: Rialp, 2000, 357 pp.; *Itinerarios de vida cristiana*, Barcelona: Planeta, 2001, 263 pp.; *Eucaristía y vida cristiana*, Madrid: Rialp, 2005, 256 pp.; *Getsemaní: en oración con Jesucristo*, Barcelona: Planeta, 2005, 272 pp.; *Vivir la Santa Misa*, Madrid: Rialp, 2010, 200 pp.

¹⁸ Mons. Javier ECHEVARRÍA, *Por Cristo, con Él y en Él: escritos sobre San Josemaría*, Madrid: Palabra, 2007, 234 pp.

servicio está la realidad del amor y de la entrega generosa de toda la vida, siguiendo los pasos de Jesucristo. En ello se detiene nuestro Autor en el segundo de los escritos recogidos en este libro: *Sacerdote para servir a todos*. Así se formó y vivió san Josemaría, entendiendo el servicio como la donación total a los demás tanto en lo más material como en lo más espiritual. En el servicio ministerial se unen tanto el ministerio como la consagración. Ambas realidades son inseparables: la consagración recibida en la ordenación sacerdotal es para la misión. Así se pone de manifiesto en *Amor al sacerdocio*. Ahí Mons. Echevarría habla tanto de la ontología del sacerdote como del ministerio sacerdotal. Primero destaca la impronta cristológica de la identidad sacerdotal, citando a san Josemaría: «¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*. Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental» (p. 68). Este honor es una gran carga que requiere una disposición fundamental: gastarse por entero al servicio de sus hermanos. Y ¿en qué consiste este servicio, este ministerio? De nuevo citando a san Josemaría: «Los fieles pretenden que se destaque claramente el carácter sacerdotal: esperan que el sacerdote rece, que ponga amor y devoción en la celebración de la Santa Misa, que se siente en el confesonario, que consuele a los enfermos y a los afligidos; que adoctrine con la catequesis a los niños y a los adultos, que predique la Palabra de Dios; que tenga consejo y caridad con los necesitados» (p. 69).

Esta realidad lleva consigo la exigencia de «una santidad heroica». «Por eso, la primera ocupación del sacerdote ha de ser cultivar su trato diario con Dios, que se alimenta y se desarrolla en el ejercicio del ministerio, apoyándose en la unidad de vida que hace que el presbítero sea “sacerdote cien por cien”» (p. 69). Este amor a Dios lleva al sacerdote a cultivar santas pasiones en su alma, precisamente en el ejercicio del ministerio. En concreto, san Josemaría habla de dos pasiones dominantes del sacerdote, además de amar la Sagrada Eucaristía –y por lo tanto la Misa, de hacer una Misa que dure todo el día–: atender las almas en el confesonario y predicar abundantemente la Palabra de Dios (cfr. p. 71). Queda claro en estas citas, que la consagración del sacerdote es para la misión. La ordenación hace capaz al sacerdote de servir a los fieles predicando la Palabra de Dios y celebrando la Liturgia.

Tanto el ser como la misión del sacerdote hacen referencia al servicio a Dios y a los hombres. En este sentido la visión del ministerio sacerdotal se equilibra con la idea que se tenga del fiel laico, que necesita del servicio ministerial para ejercer su sacerdocio real en la misión de la Iglesia. En *Maestro*,

Sacerdote y Padre, el escrito más extenso de los que se incluyen, encontramos los rasgos principales de la enseñanza de san Josemaría sobre el hombre cristiano: la vocación del cristiano a la santidad fundada en la convicción de que la existencia personal corresponde a un designio amoroso de Dios (p. 75); la afirmación central del misterio de la Encarnación: Jesucristo fue, es y será siempre verdadero Dios y verdadero hombre, que restaura todas las cosas en su Verdad (p. 79); la conjunción del misterio de la creación y de la encarnación en la resolución de «amar al mundo apasionadamente» (p. 86); la vivencia de la esperanza cristiana que armoniza inmanencia y trascendencia (p. 90); la *unidad de vida*, rasgo estructural y constitutivo de su vida espiritual, entendida como «la interpenetración de los aspectos culturales, profesionales y sociales con los espirituales y apostólicos en las relaciones del alma con Dios, pues nada en la existencia de la criatura deja de interesar a su Creador», una «unidad radical en la que la persona desarrolla sus acciones en diferentes planos, que se entrelazan y concurren al logro de la plenitud –nunca completamente alcanzada en esta tierra– que es la santidad» (p. 92); el amor a la libertad; la grandeza –el valor– de la vida corriente como espacio para la santidad.

PARA SERVIR A LA IGLESIA

La visión del sacerdocio ministerial desde Cristo y para la Iglesia lleva a subrayar la distinción entre sacerdocio ministerial y sacerdocio común, pero también la inseparabilidad de ambos en cuanto que el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio de los fieles. ¿Cuál es el servicio que los sacerdotes pueden y deben ofrecer a los fieles y a la Iglesia? Su ministerio sacerdotal. Éstas son las ideas básicas recogidas en *Para servir a la Iglesia: homilías sobre el sacerdocio (1995-1999)*¹⁹. En este volumen se recogen un buen número de homilías predicadas en las ordenaciones diaconales y sacerdotales que el Prelado del Opus Dei ha celebrado de 1995 a 1999. La homilía es un género particular y muy distinto de la conferencia. De un lado, depende de la liturgia eucarística del día. De otro, son reflexiones más personales de Mons. Echevarría sobre el sacerdocio ministerial. Lógicamente dependen de la enseñanza de san Josemaría, pero no se trata de subrayar puntos esenciales de su mensaje fun-

¹⁹ Mons. Javier ECHEVARRÍA, *Para servir a la Iglesia: homilías sobre el sacerdocio (1995-1999)*, Madrid: Rialp, 2001, 252 pp.

dacional, sino de explicar temas concretos del sacerdocio tal y como lo vive un Obispo que ordena a los ministros que le ayudan en su misión.

Como anuncia el título, el *ritornello* común a muchas de las homilías es la cuestión ya reseñada del servicio. En *Participar en la misión de Cristo* (junio 97) afirma que «la efusión del Espíritu Santo os conformará con Cristo Sacerdote de un modo nuevo y más intenso, os capacitará para actuar *in nomine et in persona Christi* prolongando –más allá del espacio y del tiempo– la obra de la Redención, os otorgará la potestad sobre el Cuerpo y la Sangre de Jesús, os injertará como ministros en su ministerio de salvación, os preparará para ser verdaderos servidores de las almas» (p. 32). El sacerdote debe tener solicitud por todas las iglesias, ha de saber entregarse a cada uno y satisfacer las necesidades espirituales de todos, sin preferencias ni diferencias, derrochando todas sus energías en el ministerio (pp. 37-38). Este servicio es *Una elección de amor* (enero 98), que lleva a entregarse a todas las almas. «Mediante el Orden Sagrado, la identificación con Cristo alcanza tal profundidad que el ministro sagrado no se pertenece ya a sí mismo, sino que se debe por completo a aquellos a quienes el Señor ha venido a salvar» (p. 47). «El sacerdote pone el sello más auténtico a su amor por Cristo sólo si convierte la misión salvífica en el quicio alrededor del cual gira toda su vida» (p. 48). Se pide al sacerdote «la absoluta disponibilidad para servir a las almas», las veinticuatro horas del día. «Cualquier persona tendrá derecho a buscar vuestro consejo espiritual o vuestras palabras de consuelo; a escuchar de vuestros labios la doctrina salvífica del Evangelio; a recibir de vosotros el perdón divino, después de haber confesado sus pecados; a descubrir en todo vuestro comportamiento la presencia y el amor de Cristo» (p. 56).

Junto a esta profunda actitud de servicio a todas las personas, Mons. Echevarría va subrayando los distintos aspectos de ese ministerio. En la homilía *Con María junto a la Cruz* (15 de septiembre de 1995) aparece como un resumen del ministerio sacerdotal. Con la ordenación, el sacerdote se ve inmerso en la realidad del Calvario, participando en la Muerte y Resurrección de Cristo. Las *pasiones* del sacerdote son: predicar, orientar a las almas con la dirección espiritual y administrar el sacramento de la Penitencia; amar la Santa Misa, misión principal del presbítero; cuidar la oración, especialmente la Liturgia de las Horas; ser generosos en la mortificación y expiación; no dejar los libros y el estudio de la doctrina y la teología. En el conjunto de las homilías casi siempre aparece subrayada la centralidad de la Eucaristía; en otras ocasiones, se destaca la importancia de la predicación y de predicar principal-

mente a Jesucristo, el ministerio de la reconciliación, una de las principales misiones del sacerdote para san Josemaría, o la caridad fraterna con todos. La idea de fondo es que los sacerdotes son como el cañamazo en la vida de la Iglesia, escondidos, para que los demás fieles brillen con su labor profesional y social. Su labor consiste en el servicio de la caridad, el servicio de la Palabra y el servicio litúrgico.

MANUALES DE TEOLOGÍA DEL SACERDOCIO

A lo largo de estas páginas se viene manifestando una gran convergencia en torno a cuál debe ser el fundamento de la espiritualidad sacerdotal. El fundamento no ha de ser otro que la realidad del sacramento del orden, es decir, la realidad de la consagración sacerdotal que lleva aneja –como la otra cara de la medalla– la urgencia del ministerio sacerdotal. Desde esta perspectiva, es oportuno referirse, aunque sea de pasada, a los dos manuales de teología del sacerdocio editados en lengua castellana en estos diez últimos años. Ellos reflejan de manera elocuente cómo ha comenzado a predominar también en este terreno de la teología especulativa una aceptación serena de las principales verdades sobre el sacerdocio que nos ofrece la gran tradición de la Iglesia y, en consecuencia, ponen de relieve de modo indirecto cómo la espiritualidad sacerdotal cuenta en nuestro días con una amplia base en la que fundamentar sus afirmaciones principales.

*Llamados a servir*²⁰ es un manual extenso y completo, escrito tras una larga experiencia docente y pastoral en el Seminario de Badajoz. Tras una introducción dedicada a la descripción de algunos aspectos sobresalientes de la «crisis del ministerio sacerdotal» en la que se analizan las teorías de H. Küng, J. Moingt, Ch. Duquoc, E. Schillebeeckx, L. Boff y J. I. González Faus (pp. 21-56), el Autor divide el libro en tres partes: I. *Sagrada Escritura* (pp. 57-194); II. *Tradición, Magisterio y Teología* (pp. 195-344); III. *Reflexión teológica* (pp. 345-500). La estructura del libro es clásica; la introducción dedicada a autores significativos en las dubitaciones teológicas que tuvieron lugar en las últimas décadas pone de relieve que todo el libro, cuyos primeros destinatarios son los seminaristas, está redactado en un diálogo franco, que intenta ser a la vez una respuesta convincente especialmente ante sus alumnos. En este sentido, me-

²⁰ PONCE CUÉLLAR, M., *Llamados a servir: Teología del sacerdocio*, Barcelona: Herder, 2001, 526 pp.

rece especial atención el capítulo segundo dedicado al *Sacerdocio de Jesucristo* como el punto de referencia primero y esencial de la teología del sacerdocio. Este capítulo se apoya con solvencia en el estudio bíblico que le precede y es la clave de la reflexión teológica posterior, especialmente de cuanto se dice en torno al sacerdocio ministerial como presencia de Cristo, Cabeza y Pastor (pp. 349-392).

El Autor prefiere no entrar de lleno en las cuestiones propias de la espiritualidad sacerdotal, pero advierte que en lo dicho anteriormente «se encuentra la raíz de esa espiritualidad, ya que no puede centrarse sino en el mismo ser de lo recibido en la ordenación sacerdotal» (p. 501).

El segundo manual es de Pedro Fernández Rodríguez, conocido liturgista²¹. Con este libro, el Autor intenta salir al paso de la crisis actual que encuentra su raíz en «la falta de identidad sacerdotal, debida a la crisis cultural, que priva al sacerdocio de su contenido sobrenatural» (p. 9). Hace algunos años, Le Guillou calificó la actual situación cultural como una nueva gnosis²²; al analizar el contexto cultural en que se enmarca la actual crisis sacerdotal, Fernández Rodríguez subraya lo que este contexto tiene de gnosis: «La gnosis actual, que no pretende borrar la revelación, sino alterarla mediante una reinterpretación, crítica de modo particular el ministerio petrino, el sacerdocio jerárquico, la vida religiosa, y, sobre todo, la maravilla de la eucaristía (...) La cultura desacralizada tiende a secularizar al sacerdote según las actuales categorías de pensamiento, despojándolo de su dimensión histórico-sacramental» (pp. 9-10).

Para responder a esta «desacralización», el Autor sigue un esquema que podríamos llamar clásico, introduciendo un sugerente capítulo dedicado a la liturgia de la ordenación sacerdotal, a la que considera como lugar en el que inspirarse para hablar de la naturaleza y espiritualidad del sacerdocio. Tras una breve introducción, el libro queda dividido en los siguientes capítulos: II. *La Sagrada Escritura, fundamento del sacramento del orden* (pp. 21-36); III. *El sacramento del orden en la tradición viva de la Iglesia* (pp. 37-122); IV. *La celebración ritual del sacramento del orden* (pp. 123-148); V. *Teología sistemática del sacramento del orden* (pp. 149-240); VI. *Pastoral del sacramento del orden* (pp. 241-252). En

²¹ FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., *Sacramento del Orden. Estudio teológico. Vida y santidad del sacerdote ordenado*, Salamanca: San Esteban-Edibesa, 2007, 274 pp.

²² Cfr. LE GUILLOU, M. J., *El misterio del Padre: fe de los apóstoles, gnosis actuales*, Madrid: Encuentro, 1998, 275 pp.

todos estos capítulos, el Autor, siguiendo muy de cerca al Concilio Vaticano II, subraya que el sacramento del orden comporta antes que nada una identificación con Cristo sacerdote mediante la consagración sacramental; subraya también la centralidad del ministerio eucarístico en la vida del sacerdote (cfr. pp. 197-199). Esta centralidad ha de estar presente en la vida del sacerdote. He aquí cómo describe el Autor el dinamismo espiritual de esta realidad: «A veces se dice que el Concilio de Trento, al haber focalizado el Sacramento del Orden en la Eucaristía, es decir, al acentuar el aspecto cultural del sacerdocio, ha mostrado uno de sus límites. Sin embargo, teniendo en cuenta la importancia de la Eucaristía en la vida de la Iglesia, en la vida de cada sacerdote y en la vida de cada cristiano, nos reafirmamos que haber puesto la Eucaristía como vértice del Sacramento del Orden es una estupenda intuición conciliar, mantenida por el Vaticano II, que cada vez se valora más. El elemento formal de la espiritualidad sacerdotal y su principio interior es la caridad pastoral, que fluye del sacrificio eucarístico. Al hablar de la caridad pastoral queremos hablar de la espiritualidad que brota directamente del ministerio sacerdotal: por eso decimos que nace de la eucaristía. Aquí es donde se aprende a dar la vida por el rebaño» (p. 206).

El capítulo sobre la pastoral del Sacramento del Orden delinea las líneas fundamentales de una espiritualidad sacerdotal. Estos párrafos son una invitación a los sacerdotes a «identificarse con la vocación, la consagración y la misión de Cristo, siendo modelos de la vida que anuncian» (p. 202).